





Flotando en el sonido

Si lo nuestro no es música, es sonido no más. Las flautas hacen sonido pero no es música, eso creo yo. Es un sonido que uno hace con las flautas para despertar el espíritu de Dios y el de uno. Es un sonido como para embolarse con él pero no es música.

Esa felicidad inmensa, esa locura inmensa de tocar en un Baile Chino, de ser envuelto completamente en esa gigantesca corriente de energía, de sonido y luces multicolores que se desplazan paralelas. Dejar de ser hombre, ser el sonido y viajar por el universo en el momento en que tomas conciencia de dónde te encuentras, qué eres, qué haces. Sonido y luz. Abandonado al juego de ser un pedazo de tierra, un pedazo de árbol, un pedazo de todo. Todo y nada fundidos absolutamente en uno. El estado mágico de comunicación con el todo, el estado en que todos los dioses de todas las religiones de todos los pueblos de todas las diferentes maneras de explicarse el universo descienden y los miras de frente y eres uno más, porque en ese estado eres todo y no hay yo ni tú ni aquel. Todos lo mismo, en el infinito fluir del universo.

La música de los Chinos también es danza. No se concibe el *chinear* sin movimiento. Los *flauteros* de ambas filas y el *tamborero*, hacen una danza muy característica mientras tocan, que consiste en una serie de saltos y pasos que requieren de un gran esfuerzo físico. Los Chinos danzan agachándose y levantándose de manera continua por largos períodos, al ritmo de la música y bajo la coordinación del *tamborero*.



Este *chinear* ha sido diseñado para permitir un cambio en el estado de conciencia. Un estado de trance, donde el Chino vive un momento especial de intensa emoción, de comunicación con la divinidad.

Es a través de este cambio en el estado de conciencia que los pueblos llamados primitivos han establecido la relación con el mundo sobrenatural. Los indígenas americanos basaron sus religiones en la comunicación directa con las divinidades a través del trance, alcanzado de diversas maneras: ayunos, vigiliias, autoflagelación, meditación, danzas, músicas o ingestión de ciertas plantas. En este estado de conciencia se cambiaba drásticamente la percepción del universo y surgían sentimientos de unión cósmica y revelaciones fundamentales. Existían especialistas llamados chamanes que proporcionaban la ocasión para unir de esta manera lo sagrado con lo profano.

Los Bailes Chinos continúan esta antigua tradición chamánica americana, a través de una serie de elementos que hacen que esta ritualidad permita un cambio en la percepción de la realidad. Estos elementos son: el estado de hiperventilación producido por tocar sin parar la flauta durante largos períodos, la saturación auditiva, la repetición rítmica, el movimiento hipnótico de la danza, el esfuerzo físico continuo y repetitivo, la presión psicológica, las palabras del alferez y la significación del ritual.

Es difícil para los Chinos explicar lo que viven mientras se *chinea*. Es algo tan profundo e intenso que sus palabras no alcanzan para describirlo, pero fragmentos de conversaciones dan algunas pistas al respecto:

El sonido de las flautas es mágico, son sagradas las flautas. Cuando está tocando la flauta se entra como en un mareo, pero es la música de las flautas que lo marea, que lo anda trayendo como en el aire. Mientras más flautas siente, como que el cuerpo más firme se siente, es una cosa especial cuando uno lo siente.

Yo, cuando voy chineando, de repente voy pensando en la imagen de la Virgen, que a lo mejor algo está relacionado, a lo mejor la imagen hace que uno no sienta cansancio, que uno sienta esa cosa por dentro, que es como un orgullo. Es algo que uno tiene adentro, no le podría dar un nombre pero es algo que se siente con la flauta o el tambor de los Chinos.



Uno siente una emoción de chinear porque ahí nos juntamos todos con los compañeros que hemos salido siempre, tantos años de Chinos. Entonces uno como que se emociona chineando, uno no siente calor, no siente nada, uno como que se embrutece.

La actitud de un buen Chino que va en la procesión es la de un hombre ensimismado en su flauta y en su danza. El Chino no baila por participar en un espectáculo, sino porque necesita comunicarse con la divinidad. Estas fiestas son un momento en que la vida cotidiana se suspende y se vive un día especial, donde pescadores y campesinos expresan su fe y devoción al pedir y al agradecer, al establecer una comunicación directa con la Virgen, con los santos, con Dios.

Cuando el baile va fuerte, compacto, hermoso, y el sonido de las flautas y el esfuerzo de la danza permiten la apertura de la conciencia, los Chinos perciben los momentos más intensos de sus vidas.

Porque chinear con buenas flautas es otra cosa. Yo creo que ahí uno se sale del cerebro, no sé, del corazón, y emigra pal' sonido, pa' Dios, pa' la Virgen, no sé. Mientras chineai el alma emigra, tú chineai y el alma está en otro lado, tú estai en otro lugar.

El antropólogo Ricardo Latcham daba en 1910 algunos datos muy importantes de los Chinos de Andacollo, en el Norte Chico, diciendo que eran cofradías secretas, que solamente admitían a los iniciados, y que realizaban ritos secretos, que





El nuevo Baile de Ventanas, formado en el invierno de 2003.

nunca pudo observar ni saber nada de ellos. Dice también que los dueños de los Bailes eran los poseedores y herederos no sólo de los instrumentos y trajes, sino también de sus atributos mágicos, siendo los únicos que conocían sus secretos.

Los años han pasado y gran parte de la tradición ha desaparecido, los recuerdos son fragmentos, pedazos. Los Chinos no hablan de esos rituales secretos, de lo que significaba ser Chino, además de ser lo que le correspondía a todo joven del

pueblo. Debió existir un grupo de normas y creencias relacionado a cada Baile Chino. Debió haber una explicación a lo que vive el Chino cuando se produce el trance, ese estado especial debió tener algún significado, alguna connotación que permanece escondida.

Ese estado de trance es poco conversado entre ellos y es vivido como algo muy especial y cargado de emoción, pero no tiene un marco teórico comunitario que lo racionalice.

Estamos en Maitencillo, hemos ido a la fiesta de Horcón a parchar algún Baile con pocos integrantes. Había nueve Bailes danzantes y el Baile Chino de Valle Hermoso y llovía a cántaros. Nos hemos instalado en un boliche a mirar el mar tormentoso. Nos encontramos con el Negro Marcelo y vamos a su casa, comemos pescados, conversamos de Chinos y tocamos las flautas del antiguo Baile de Maitencillo. Sentados en casa, Guillermo me dice:

Es algo que me nace, soy Chino porque me gusta. No lo hago por ir a hacerme notar. Me gusta, me siento bien de Chino. Siempre me gustó, de un principio. De chico, antes de salir de Chino yo sentía las flautas y quería ser Chino, es algo que he traído de años.

Cuando voy chineando siento eso que nos pasa a todos; vai metido ahí, no pensai en nada, vai chineando no más, entregándote entero. De repente te ponís a chinear, te encerrai en la cosa, vai como en otro mundo. Cuando nos ponemos a chinear yo siento tu flauta y la mía y algunas para atrás, nada más.

Cuando se hacen sonar las flautas no pensai en ninguna otra cosa. Tal como dice Quilama, te mariaí con las flautas. Como que estai en cero, no tenís ninguna cosa molestándote. Tal vez los indios antes llegaban a ese momento haciendo sonar las flautas.

Este año me pasó en Corpus en Puchuncaví: había un telón grande con una imagen del Señor. Veníamos chineando, dimos la vuelta en la esquina y me enfren-té a ese telón. Ahí quedé en blanco. Después pensé: a lo mejor cuando llegaban a ese momento los indios creían contactarse con lo de más allá. A lo mejor lo lograban.

Antes me pasaba una cosa muy diferente. Cuando nos íbamos a encontrar con un Baile, me daba algo de nervio por adentro, algo me pasaba. Cuando íbamos a enfren-tarnos con un Baile y yo iba de puntero, algo sentía. Yo mismo intentaba controlarme porque me ponía medio tiritón. La fe debe ser, y el orgullo de ser Chino que uno tiene dentro.

Bailo en Boco para la Cruz de Mayo. Larga procesión, camino que lleva hacia a la Quebrada del Ají, bordeando el estero. Bajamos saltando y tocando como locos con el Baile de Cai Cai y me doy cuenta de algo tan obvio.



No en todas las fiestas se produce el trance, no en todas las fiestas se abren las puertas para entrar al otro lado, pero basta que haya ocurrido una vez para que, al sentir las flautas sonando, comience a cosquillear el cuerpo entero por salir. Queda el recuerdo de lo que te pasó y que te podría volver a pasar. Es un anzuelo, un gancho, con una vez que te haya ocurrido, con una vez que lo hayas vivido, ya no puedes olvidarlo, y cada vez que hay fiesta tienes que salir, pues te llama la esperanza de cruzar la barrera.